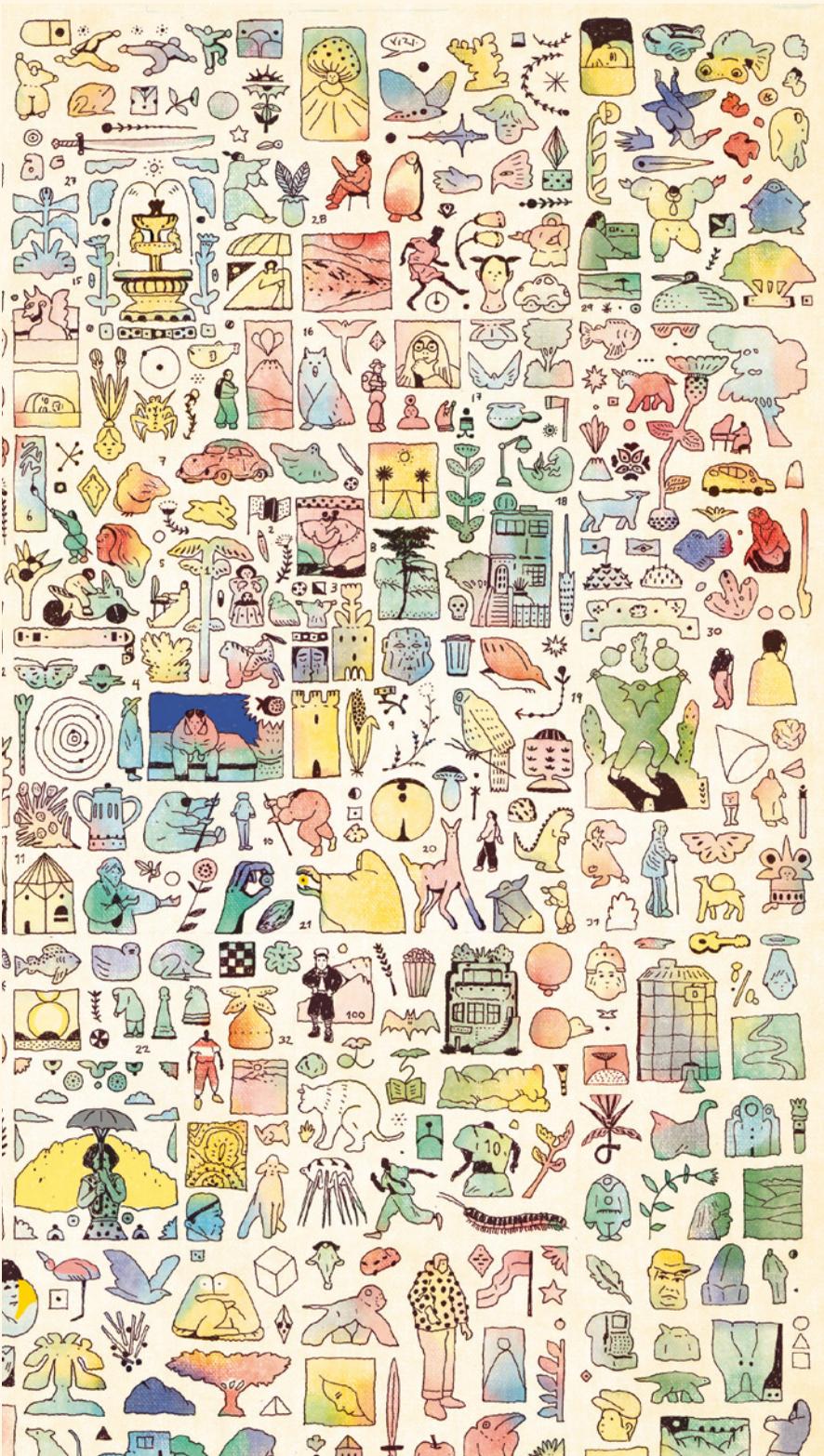


Leopold Kohr

EL DE DE S M O R N A M I E N T O DE LAS N A C I O N E S



El desmoronamiento de las naciones

Leopold Kohr

El desmoronamiento de las naciones

© Leopold Kohr

© 2002 by Otto Müller Verlag, Salzburg

Primera edición, publicada como *The Breakdown of Nations*, 1957

Primera edición en Colombia, 2024

De la edición en español,

© Animal Extinto Editorial

Coedición

**Ediciones Universidad Cooperativa
de Colombia**

Colección Rafue

ISBN (IMPRESO) 978-628-96282-1-0

ISBN (EPUB) 978-958-760-500-6

ISBN (PDF) 978-958-760-499-3

DOI: <https://doi.org/10.16925/9789587604993>

Depósito legal según el Decreto 460 de 1995.

Animal Extinto Editorial

Bogotá, Colombia

editorial@animalextinto.com

www.animalextinto.com

Nota legal

Quien desee transmitir, reproducir o almacenar la totalidad, o cualquier parte de esta publicación, debe antes contar con el permiso previo de la editorial y del autor.

*Hecho e impreso en Colombia
Printed in Colombia*



EDICIONES
UNIVERSIDAD
COOPERATIVA
DE COLOMBIA

FONDO EDITORIAL EDICIONES

UNIVERSIDAD COOPERATIVA DE COLOMBIA

Director Nacional Editorial

Julián Pacheco Martínez

Especialista en Edición de Libros

Karen Grisales Velosa

Especialista en Edición de Revistas Científicas

Andrés Felipe Andrade Cañón

Especialista en Gestión editorial

Daniel Urquijo Molina

Analista Editorial

Claudia Carolina Caicedo Baquero

PROCESO EDITORIAL

Coordinación Editorial

Edgar Blanco Nieto

Traducción

Laura Rodríguez Mejía

Corrección de estilo y lectura de pruebas

Ella Suárez

Diseño y Diagramación

Lucía Buitrago Montañez

Ilustración de portada

Yeidi

Impresión

Shopdesing S.A.S.

Catalogación en la publicación – Biblioteca Nacional de Colombia

Kohr, Leopold, autor

El desmoronamiento de las naciones / Leopold Kohr. --
[Colombia] : Universidad Cooperativa de Colombia : Animal Extinto
editorial, 2024.

342 páginas.

ISBN 978-628-96282-1-0 (impreso) -- 978-958-760-
499-3 (pdf) -- 978-958-760-500-6 (epub)

1. Estado - Teorías - Ensayos 2. Poder (Ciencias sociales) -
Ensayos 3. Descentralización administrativa - Ensayos 4. Desarrollo
económico - Ensayos 5. Problemas sociales - Ensayos

CDD: 320.101 ed. 23

CO-BoBN- 00054

Índice

Agradecimientos	9
Prólogo	11
Introducción	27
1. Las filosofías de la miseria	35
2. La teoría del poder de la agresión	65
3. Desunión ahora	103
4. La tiranía en un mundo de Estados pequeños	123
5. La física de la política	137
6. El hombre individual y promedio	161
7. La gloria de lo pequeño	185
8. La eficiencia de lo pequeño	209
9. Unión a través de la división	257
10. La eliminación de las grandes potencias	281
11. Pero, ¿se hará?	295
12. El Imperio americano	299
Epílogo	325
Apéndice. Los principios de la federación	337

Agradecimientos

La mayor parte de mi inspiración se la debo a amigos cuyo amor por el desafío y el debate fue invaluable en la formulación de mis ideas. Por lo tanto, este libro nunca se habría escrito sin una larga serie de discusiones animadas con Diana Lodge, Anatol y Orlene Murad, Max e Isabel Gideonse, *sir* Robert y *lady* Fraser, mi venerable amigo el profesor George M. Wrong y la Sra. Wrong, Noel y Donovan Bartley Finn, mi hermano John R. Kohr, David y Manning Farrell, Franc y Rosemary Ricciardi, y, sobre todo, Joan y Bob Alexander, quienes durante cinco largos años tuvieron que soportar mis construcciones de penumbra placentera en el desayuno, el almuerzo y la cena. Tampoco se habría publicado el libro sin el consejo y el aliento de *sir* Herbert Read, o sin mis amigos y colegas de la Universidad de Puerto Rico —Severo Colberg, Adolfo Fortier, Héctor Estades, el decano Hiram Cancio y el canciller Jaime Benítez—, cuyo interés llevó a una grata subvención de la Fundación Carnegie.

Prólogo

Kirkpatrick Sale

La primera vez que me crucé con el nombre de Leopold Kohr fue en una nota al pie de un oscuro título de un libro académico titulado *Tamaño y democracia*, donde se le daba crédito por estas llamativas palabras:

Parece haber una sola causa detrás de todas las formas de miseria social: la magnitud. Tan simple como esto pueda parecer, deberemos encontrar esta idea más aceptable si consideramos que la magnitud, la enormidad, es mucho más que solo un problema social. Parecer ser el único problema que permea la creación. Donde quiera que algo está mal, algo es demasiado grande.¹

Naturalmente mi interés despertó, sobre todo porque estaba llegando a conclusiones similares en el curso de mis propias exploraciones de escala y poder, y archivé el nombre para futuras referencias. La segunda vez que lo encontré fue en *Lo pequeño es hermoso* de E. F. Schumacher, donde Kohr se menciona de pasada por haber escrito “brillante y convincentemente” sobre “el problema de la ‘escala’”, aunque de hecho ninguno de sus trabajos se cita o incluso se referencia. Y la tercera vez fue cuando un amigo mío, Norman Rush, que había sido un comerciante de libros raros y estaba poseído de lo que solo puede llamarse una memoria fotobibliográfica, instó a Kohr sobre mí como un hombre que tenía que leer antes de ir más lejos en mi propio trabajo. A pesar de que fue capaz de darme el nombre del libro seminal de Kohr —*El desmoronamiento de las naciones*, como sucedió—, también dejó claro que se había publicado hacía unos veinte años y que desde hace tiempo estaba agotado.

¹ Robert A. Dahl y Edward R. Tufte, *Size and Democracy* (Stanford: Stanford University Press, 1973), p. 111.

Por desgracia, aunque Norman me aseguró que tenía una copia de *El desmoronamiento* en algún lugar del ático de su casa, no había forma aparente de ponerle las manos encima: el ático estaba apilado de arriba a abajo con tal vez diez mil libros, en los pisos, en la escalera, en las mesas, detrás de las mesas, sosteniendo las mesas, y nunca podría encontrar al Kohr sin de alguna manera deshacerse de un par de miles de libros primero. Así que si iba a tener la oportunidad de leer a este hombre, sería mejor que lo buscara en otro lado. Probé las librerías de segunda mano que todavía pueblan algunas partes de la Cuarta Avenida y el bajo Broadway en Nueva York; no solo no había copias de *El desmoronamiento*, sino que ninguno de los ancianos magos, mirando sobre bifocales sin montura con el aire de conocer cada libro desde Gutenberg, había oído hablar de él. Probé los servicios de libros que prometen que pueden encontrar cualquier libro en cualquier lugar — “100 000 libros en stock/’caza’? solo pregúntanos”—, pero todas mis peticiones parecían caer en un gran vacío. Incluso le pedí a un amigo que se anunciara en *The Antiquarian Bookseller*, biblia del comercio de libros raros, para ver si algún avaro en algún lugar se separaría de lo que ahora me había convencido debía ser la última copia existente de *El desmoronamiento*, y estaba dispuesto a pagar su precio; no una fracción.

A regañadientes, me resigné a no conseguir nunca una copia real de estepreciado volumen para llamar mío, así que decidí al menos encontrar una copia para leer. Probé con mis sucursales locales: sin resultados. Fui a la Biblioteca de la Universidad de Nueva York (NYU), a pocas cuadras de mi casa: su única copia estaba en una rama distante de la calle Wail, y cuando llamé allí, dijeron que no podían encontrar rastro de ella. Así que, finalmente, fui a la biblioteca de la calle 42, abuela de todas ellas, y en cuestión de minutos estaba por fin sentado con una copia —una copia prístina, apenas tocada, no fue ninguna sorpresa— de *El desmoronamiento de las naciones* de Kohr.

Valió la pena la espera. Desde la primera página, con su propuesta escandalosa y, sin embargo, claramente sensata, quedé cautivado. Quienquiera que fuera este hombre, sabía escribir: con habilidad, con ingenio, gracia y sentido. Construyó sus argumentos con lógica mortal, en su mayor parte persuasiva y, sin embargo, de alguna manera juiciosa, todo al mismo tiempo. Parecía en casa con una amplia

gama de temas y autores y periodos, erudito y lleno de aprendizaje, a veces del tipo más improbable, pero de ninguna manera sofocante o académico. Era entusiasta y, obviamente, creía muy en lo profundo en su visión, pero no era poco realista ni utópico en ningún sentido. Y si era lo suficientemente inmodesto como para compararse con Karl Marx, sugiriendo que sus teorías explicaban algunos funcionamientos del mundo mucho mejor que ese maestro indudable, era lo suficientemente modesto como para reconocer en un aparte que era un experto, en todo caso, en uniones aduaneras internacionales y que “en cualquier otro campo tengo que confiar en lo que otros especialistas han excavado”.

Y las teorías que inspiraron el libro eran, en mi opinión, nada menos que brillantes. Ciertamente, entre las contribuciones más importantes a la filosofía política en las últimas décadas. Cuando se publicaron por primera vez en 1957, parecieron extrañas, sin duda, y contrarias al espíritu de crecimiento a toda costa de ese periodo, pero leídas a la luz de finales de la década de 1960, cuando ese espíritu había resultado infructuoso e incluso peligroso, adquirieron un nuevo significado. Esto, me di cuenta, era sin duda un libro —para usar el bromuro tan a menudo mal aplicado—, cuyo tiempo había llegado realmente.

La importancia de la ruptura se encuentra en su percepción —único en el mundo moderno, a mi conocimiento, tal vez en toda la literatura política desde Aristóteles— de que el tamaño es lo que gobierna.² Lo que importa en los asuntos de una nación, al igual que en los asuntos de un edificio, por ejemplo, es el tamaño de la unidad. Un edificio es demasiado grande cuando ya no puede proporcionar a sus habitantes los servicios que esperan —agua potable, eliminación de residuos, calor, electricidad, ascensores y similares—, sin que ocupen tanto espacio que no quede suficiente para vivir, un fenómeno que en realidad comienza a suceder en un edificio de más de noventa o cien pisos. Una nación se vuelve demasiado grande cuando ya no puede

2 El profesor de la Universidad de Cambridge Austin Robinson, al escribir unos años después de que *El desmoronamiento* se publicara por primera vez, reconoció que, después de una búsqueda completa de la literatura política de los últimos doscientos años, experimentó “un sentimiento de incredulidad” que no pudo “descubrir un volumen de literatura antecedente como el tema parecía haber merecido”.

proporcionar a sus ciudadanos los servicios que esperan —defensa, carreteras, puestos, salud, monedas, tribunales y similares— sin acumular instituciones y burocracias tan complicadas que en realidad terminan impidiendo los mismos fines que están tratando de lograr, un fenómeno que ahora es común en el mundo industrializado moderno. No es el carácter del edificio o el de la nación lo que importa, ni es la virtud de los agentes o líderes lo que importa, sino el tamaño de la unidad: incluso si los santos pidieran administrar un edificio de 400 pisos o una nación de 200 millones de personas, encontrarían imposible el trabajo.

La noción de que el tamaño gobierna es una que ha sido familiar a muchos especialistas. Los biólogos se dieron cuenta, como J. B. S. Haldane mostró hace muchos años, que si un ratón fuera tan grande como un elefante, tendría que convertirse en un elefante; es decir, tendría que desarrollar esas características, como piernas pesadas y rechonchas, que le permitirían soportar su extraordinario peso. Los urbanistas se dan cuenta de que las acumulaciones de personas muy por encima de cien mil crean problemas completamente nuevos, más difíciles y graves que los de las ciudades más pequeñas, y que es virtualmente imposible que una ciudad que supere ese límite funcione con saldo a favor, ya que los servicios municipales que debe suministrar cuestan más que cualquier cantidad factible de impuestos que pueda recaudar. Administradores de hospitales, ingenieros de puentes, maestros de escuela, escultores, burócratas del gobierno, presidentes de universidades, astrónomos, ejecutivos de corporaciones, todos se dan cuenta de que los tamaños de las unidades en sus propias áreas particulares de preocupación son vitales para la forma en que se ejecutan sus asuntos y se alcanzan los objetivos.

El logro de Kohr es que ha tomado esta percepción y la ha aplicado de la manera más fructífera y convincente a las sociedades en las que vive la gente. Ha demostrado que hay límites inevitables para el tamaño de esas sociedades, porque, como él dice, “los problemas sociales tienen la desafortunada tendencia a crecer en una proporción geométrica con el crecimiento del organismo del que son parte; mientras que la capacidad del hombre para hacerles frente, si se puede extender en absoluto, crece solo en una relación aritmética”. En el mundo político real, en otras palabras, hay límites, y generalmente límites

bastante concienciados, más allá de los cuales no tiene mucho sentido crecer. Kohr sugiere que solo en los Estados pequeños puede haber verdadera democracia, porque solo allí el ciudadano puede tener alguna influencia directa sobre las instituciones de gobierno; solo allí los problemas económicos se vuelven manejables y controlables, y las vidas económicas se vuelven más racionales; solo allí la cultura puede florecer sin la desviación de dinero y energía en pompa estatista y aventura militar; solo allí el individuo en todas las dimensiones puede florecer libre de presiones sociales y gubernamentales sistemáticas. Por lo tanto, los propósitos del mundo moderno estarían mejor dirigidos no en la búsqueda infructuosa del mundo único, sino en el desarrollo fructífero de regiones pequeñas y coherentes; no a los engrandecimientos de los Estados, sino al desmoronamiento de las naciones.

Me senté allí atónito: este fue un trabajo, en verdad, impresionante. Que hubiera sido recibido con tanta indiferencia en 1957 fue desafortunado, pero no tan sorprendente; pero que no tenga audiencia hoy, sin embargo, en una era en la que el desarrollo excesivo de las naciones occidentales había provocado inflación sin control, agotamiento de los recursos y contaminación mundial; en el que las principales ciudades de todo el mundo se ahogan hasta morir en su propio crecimiento sin cesar; en el que el fracaso de instituciones supranacionales como las Naciones Unidas se ha vuelto dolorosamente obvio, es simplemente criminal. Sin embargo, no se podía esperar razonablemente que un gran número de personas llegara a la biblioteca de la calle 42 en la ciudad de Nueva York o esperaran hasta que Norman limpiara su ático, así que decidí que, de una manera u otra, trataría de volver a publicar el libro. Cualquiera que sea la posición de uno sobre los debates acerca del crecimiento y el gigantismo y lo pequeño-es-hermoso, este es un trabajo que nadie preocupado por estos temas debe pasar por alto, y uno por el cual muy pocos podrían permanecer sin convencer.

Ahora todo lo que quedaba era encontrar a esta figura desconocida y obtener su permiso. Del libro se podía deducir que nació en Austria y que había estado enseñando en, de todos los lugares, Puerto Rico en el momento en que salió el libro, pero no había ninguna copia de la cubierta ni ningún párrafo que lo identificara dentro, y, naturalmente, no había ninguna palabra sobre él en las

biografías estándar ni obras de referencia, ni pude encontrar ningún representante de su editor en Nueva York. Pero unas semanas después de la primera lectura de *El desmoronamiento*, me encontré con una copia de *Resurgence*, una pequeña revista británica a la que acababa de suscribirme, y allí, *mirabile dictu*, había una columna de Leopold Kohr, que parecía ser un colaborador habitual y estaba en la lista de cabecera como editor asociado. Obviamente, alguien más había oído hablar —y lo que es más apreciado— del hombre. Envié ansioso una nota a la revista. Poco después me enviaron la dirección de Kohr en Aberystwyth, Gales —entre los últimos lugares, confieso, que habría esperado encontrarlo— y le escribí de inmediato, tal vez la única carta genuina de fanático que he escrito desde que escribí a Ted Williams a la edad de diez años. Le expliqué a Kohr las dificultades que había tenido para localizar a *El desmoronamiento* en este país y mi temor de que el libro se hubiera dejado caer en algún agujero de la memoria, desapareciendo de la cultura existente, y sugerí que había una necesidad real de que se reimprimiera en este país, a pesar de que ahora tenía veinte años, y que el tiempo nunca sería más maduro.

La respuesta unas semanas más tarde fue en extremo cálida y en pleno acuerdo de que una edición americana de *El desmoronamiento* sería agradable. El destino de un hombre es su carácter, Kohr me explicó, y simplemente no había estado en su naturaleza tratar de vender el trabajo en todo el mundo, y estaba encantado de transmitir el mensaje. Aún más importante, anunció que pronto vendría a los Estados Unidos a una breve gira de conferencias para que tuviéramos la oportunidad de reunirnos, y —lo mejor de todo— traería consigo una copia de *El desmoronamiento* para que por fin pudiera tener una en mi posesión. Solo unas semanas más tarde estaba en mi puerta, y lo primero que hizo fue darme una copia del libro de un bolso lleno a reventar que llevaba sobre su hombro. Esa misma noche hice que los editores de Dutton lo leyeran, y al día siguiente llevé a Kohr a sus oficinas para averiguar su reacción. Tienes el resultado en tus manos.

En sí, *El desmoronamiento de las naciones* no necesita introducción en el sentido clásico —es claro, directo y bastante accesible para cualquier lector—; pero el hombre que lo escribió, tal es el camino del mundo, obviamente lo hace.

Leopold Kohr nació en 1909, en la pequeña ciudad de Oberndorf, en el centro de Austria, un pueblo de aproximadamente dos mil personas, famoso hasta entonces solo por ser el lugar donde se escribió “Noche silenciosa”. (Una vez le pregunté a Kohr qué influencias eran más importantes en la formulación de sus teorías sobre el tamaño, esperando que citara a algún filósofo antiguo. Se detuvo, se arrugó la frente y dijo: “Sobre todo que yo nací en un pequeño pueblo”). Oberndorf, también, estaba en la órbita cultural de la ciudad independiente de Salzburgo, a unos quince kilómetros de distancia, y aunque no fue hasta los nueve años que Kohr la visitó por primera vez, los logros de la ciudad permanecieron impresos en él toda su vida. Como lo describiría más tarde:

La población rural que construyó esta capital de apenas más de 30000 habitantes para su propio disfrute nunca superó los 120000 [...] Sin embargo, por sí solos lograron adornarlo con más de 30 magníficas iglesias, castillos y palacios de pie en estanques de lirios, y una amplitud de fuentes, cafés y posadas. Y tal era su gusto sofisticado que requerían una docena de teatros, un coro para cada iglesia y una gran variedad de compositores para cada coro, por lo que no es sorprendente que uno de los chicos locales debería haber sido Wolfgang Amadeus Mozart. Todo esto fue el resultado de la pequeñez, lograda sin un ápice de ayuda extranjera. Y en qué ciudad rica se convirtió.³

Una ciudad, en efecto, muy parecida a la ciudad-Estado que Kohr llegó más tarde a admirar y defender. Kohr asistió al liceo en Salzburgo, de donde se graduó en 1928, y más tarde ese año se registró en la escuela de derecho en Innsbruck. Luego, mientras que un amigo firmó su nombre para los registros de asistencia allí, se fue a Inglaterra para estudiar en la Escuela de Economía de Londres, en un momento agitado con maestros tan eminentes como Harold Laski, Hugh Dalton, F. A. Hayek y Phillip Noel-Baker. Eso demostró ser un excelente lugar para aprender inglés, y no estuvo mal para aprender economía, pero significó que durante los siguientes dos años después de regresar a

³ Leopold Kohr, *The City of Man* (San Juan: University of Puerto Rico Press, 1976), p. 67.

Innsbruck tuvo que trabajar con lo que se conoce como “tutores”, para ponerse al día con los cursos que había perdido y pasar largas horas leyendo en los cafés con una sola taza de café.

Durante estos días, la amenaza de Hitler crecía en el país al norte, pero de alguna manera no tocó a los estudiantes de derecho de Innsbruck muy directamente. Kohr fue fundador del Club Socialista en la universidad —su padre, un médico de campo, había sido lo que él llama un *socialista liberal*— y disfrutó desarrollando sus habilidades retóricas en el debate de los fascistas de la época. Pero, admite, mirando hacia atrás, “estaba a la deriva”: ninguno de los -ismos entonces proferidos parecía ser muy deseable, y la amistad parecía más importante que cualquier ideología. Esa era una percepción que debía permanecer con él toda su vida.

Kohr se graduó de la Escuela de Derecho de Innsbruck, en 1933, lleno de —como confiesa— seguridad juvenil sobre la importancia de la profesión jurídica y la creencia de que los mejores abogados eran los que lograban absolver a sus clientes más culpables. No duró mucho tiempo. En un viaje a Copenhague ese verano, una joven danesa que estaba cortejando penetró su postura de abogado con un simple, “Eres demasiado frío”, y el dolor de esa afirmación, tan en desacuerdo con lo que el joven sabía que era su verdadero yo, le hizo darse cuenta al instante de lo lejos que su formación legal le había llevado por el mal camino. Nunca ejerció la abogacía, ni leyó otro libro de leyes, desde ese día en adelante.

Sin ataduras de nuevo, Kohr se matriculó para otro grado, esta vez en ciencias políticas en la Universidad de Viena, una de las universidades más importantes de Europa en el momento, aunque, Kohr dice ahora, “algo demasiado grande para mi gusto”. Una vez más, pasó dos años de trabajo académico intensivo, de nuevo el uso de los cafés locales como sus salas de estudio, y terminó en 1935 con los créditos para su segundo grado —en una Europa en la agitación—.

En ningún otro lugar más que en España, en vísperas de su guerra civil. Aunque las ideas de Kohr todavía estaban incompletas, las luchas de los republicanos españoles parecían hablar de mucho de lo que Kohr sostuvo como importante, y por lo que pasó los siguientes seis meses allí, trabajando como corresponsal independiente para una serie de periódicos franceses y suizos, armado con nada más que un diccionario

español y una copia de Don Quijote. “Fue entonces cuando empezó”, recuerda ahora. De visitar los estados separatistas independientes de Cataluña y Aragón, de ver cómo los anarquistas españoles operaban pequeñas ciudades-Estado en Alcoy y Caspe (“Nunca olvidaré leer el cartel, Bienvenido a la Comuna Libre de Caspe”), Kohr se llevó una comprensión de la profundidad del localismo europeo y una apreciación de las virtudes del gobierno limitado, autónomo. Lo que dejó atrás, por cierto, fueron algunos de los adornos de la pompa: “Olvidé mi pijama y mis tarjetas de visita cuando salí de Madrid, y esa es la última vez que he tenido cualquiera de los dos”.

En 1938, con el ascenso de Hitler en Alemania y la probabilidad de una guerra cada vez más inminente, Kohr, entonces con sede en París, decidió ir a Estados Unidos. Imposible, le dijeron: se necesitaría al menos un año para obtener una visa, un año más para reservar pasaje. Lo hizo en una semana. Corriendo de regreso a Austria y usando todo su encanto para obtener una visa de visitante temporal a los Estados Unidos, volvió de Alemania a Francia a través del Orient Express, y cinco días más tarde estaba en camino a Nueva York. Era, dice, “el poder de la ignorancia”.

Al aterrizar sin dinero en Nueva York, Kohr aprendió a comer “banquetes de Automat” —salsa de pepinillos, salsa de tomate, mostaza y otros condimentos gratis— e hizo contacto con algunos de la comunidad austriaca en Estados Unidos. Luego, cuando su visa de Estados Unidos estaba a punto de expirar, fue a Toronto para ver si podía obtener el estatus de inmigrante allí. Semanas y semanas de enredos laconianos con la burocracia de inmigración canadiense siguieron —un funcionario incluso le dijo que tendría que volver a Austria, entonces bajo la ocupación nazi, para obtener los papeles necesarios—, pero al final fue tomado bajo la protección del profesor George M. Wrong, el “padre de la historia canadiense”, y su estado, y la seguridad, fueron garantizados.

Durante los siguientes veinticinco años, Leopold Kohr fue a hacer su hogar en América del Norte. De 1939 a 1940 recibió una beca de la Universidad de Toronto, y para el año siguiente sirvió como secretario del profesor Wrong. Durante este tiempo, sus ideas sobre el tamaño y la división de las naciones comenzaron a tomar forma, y en 1941 publicó su primer artículo sobre el tema (*Commonweal*, 26

de septiembre de 1941, aunque se le dio el nombre de “Hans” Kohr), argumentando incluso entonces que Europa debería ser “cantonizada” en el tipo de política regional pequeña que existió en el pasado: “Hemos ridiculizado los muchos Estados pequeños,” concluyó sombríamente, “ahora estamos aterrorizados por sus pocos sucesores”.

Después de la guerra, Kohr se unió a la Facultad de Economía de la Universidad de Rutgers como profesor asistente, donde sirvió durante los próximos nueve años. La mayoría de las ideas que impregnan *El desmoronamiento* se trabajaron en ese periodo de Rutgers, y fue allí, durante el receso de Navidad de 1952, cuando formó el libro, trabajando todos los días desde la mañana hasta la tarde en su oficina del campus, cada día añadiendo otro capítulo, hasta que en enero el manuscrito estuvo completo. En abril de 1953, Kohr finalmente envió el manuscrito a una sucesión de editores estadounidenses, tanto académicos como comerciales: algunos intereses, pero no interesados. Luego hizo las rondas de los editores ingleses, con la misma historia: trozos pero sin mordiscos. El sentimiento era alto en esos días por un gobierno mundial y por los imperios americanos y británicos, y un libro que proponía seriamente la reorganización de las naciones en una escala más pequeña encontró poco favor. Kohr se desanimó, y en un viaje a Oxford, sentado junto a un hombre desconocido en algún almuerzo poco prometedor, se desahogó con su vecino sobre el triste destino de su manuscrito: “El problema con estos editores es que no pueden ubicarme; no han conocido a un anarquista legítimo en el último medio siglo”.

Su compañero parecía simpático y dijo: “¿Por qué no me dejas ver tu manuscrito? Yo mismo soy anarquista, y también editor”. Le entregó a Kohr su tarjeta de visita: “Herbert Read, Routledge & Kegan Paul, Londres”.

Herbert Read, por supuesto, era el principal pensador anarquista del momento —un hecho que, Kohr dijo más tarde, al instante “me hizo desear que el suelo se abriera debajo de mi silla”—, pero amablemente se había ofrecido a leer el libro y ver lo que podía hacer. Entre tanto, diligentemente, Kohr envió el libro, todavía dudoso. Read entendió de inmediato y publicó el libro también de inmediato en el otoño de 1957.

La recepción británica fue, en el mejor de los casos, mixta. Algunos críticos elogiaron su encanto y estilo, pero todo el tenor del libro

parecía ponerlos al límite: “un pequeño libro enloquecedor” es como el prestigioso *Economist* se refirió a él. Cuestionar imperios, incluso imperios a punto de desintegrarse, era una mala forma. En los Estados Unidos, donde Rinehart importó lamentables quinientas copias, la publicación de *El desmoronamiento* tuvo todo el impacto de un solo voto en una elección nacional: fue ignorada por todos los periódicos excepto el *Political Science Quarterly*, donde el colega de Kohr, el economista Robert J. Alexander, obedientemente lo señaló como “estimulante para la reflexión” y agregó, con precisión, “lo más probable es que no será tomado tan en serio como debería serlo”.

Mientras tanto, Kohr había sido invitado a la facultad de la Universidad de Puerto Rico, y allí pasó la mayor parte de los próximos diecinueve años —profesor, experto, columnista ampliamente leído, autor, conferenciante y figura de la isla— hasta su jubilación en 1974. Durante esos años, Kohr produjo una serie de libros distinguidos, todos ellos en torno a las teorías de tamaño presentadas en *El desmoronamiento* (citando Confucio, Kohr dice: “Sé solo una cosa, ¡pero que impregna todo!”): *Las naciones sobredesarrolladas* (Alemania, 1962; España, 1965; reimpresso en los Estados Unidos, 1978), *Desarrollo sin ayuda* (Gales, 1973) y *La ciudad de Man* (Puerto Rico, 1976). Apareció regularmente en publicaciones académicas y populares: *Business Quarterly*, *American Journal of Economics and Society*, *Vista*, *Spectator* y *Land Economics*, entre ellas. También escribió una serie de columnas de periódicos para tres diarios de Puerto Rico y apareció con frecuencia en *Resurgence*, la autoproclamada “revista del cuarto mundo”, es decir, de las pequeñas naciones y regiones independientes del mundo, iniciada en Gales en 1966, y cada vez más acudió a Estados Unidos y al Reino Unido como conferenciante, en particular en las universidades, y fue a todas luces exitoso y provocativo.

Sin embargo, a pesar de todo eso, Leopold Kohr permaneció virtualmente desconocido, un profeta sin honor excepto entre una pequeña y fiel banda. Ganó un ardiente y vociferante círculo de amigos, incluyendo gente como Herbert Read, el nacionalista galés Gwynfor Evans, el publicista estadounidense Howard Gossage, el arquitecto Richard Neutra y el líder puertorriqueño Jaime Benítez, y poco a poco ganó un grupo de admiradores muy prestigioso, incluyendo algunas de las mejores mentes de nuestra época, gente

como Fritz Schumacher, Ivan Illich, Kenneth Kaunda y Danilo Dolci. Pero, a pesar de la importancia de sus contribuciones en una sociedad plagada de grandeza, a pesar de su indudable singularidad en una época que hace celebridades incluso de los levantadores de pesas, continuó —y continúa— siendo una figura no reconocida en el mundo más grande.

No importa. Después de su retiro obligatorio de Puerto Rico, en 1974, Kohr aceptó una oferta para dar clases de filosofía política en el University College de Gales en Aberystwyth, donde fue capaz de consolidar sus relaciones con el creciente movimiento nacionalista galés y trabajar en apoyo de sus ideas de una pequeña nación independiente y autosuficiente. Se instaló en una pequeña casa adosada allí, a una cuadra del mar, que abre a amigos y estudiantes de todas las edades. Un anfitrión muy atractivo, se dice, y un cuentista cautivador. Y allí vive hoy, una pequeña y enérgica figura, vista por toda la ciudad corriendo o bebiendo en el *pub* o hablando en la sala local, discutiendo, entreteniendo, escuchando, contando historias, haciendo amigos, y siempre, a veces suave, a veces apasionadamente, enseñando sobre las teorías del tamaño y las virtudes de la pequeñez.

Después de haber movido al menos una parte benéfica del cielo y una parte significativa de la tierra para obtener una copia del libro de Leopold Kohr, y de sus propias manos, no pude disfrutar del placer durante mucho tiempo. Los redactores de Dutton me preguntaron cortésmente si podrían tener la sola copia que Kohr había traído en su mochila para utilizarla en preparar la edición americana. Obtener una copia de la biblioteca, dije; imposible, la biblioteca tiene solo una copia y no se puede poner en préstamo. Bueno, pues que la biblioteca lo fotocopie; no es posible, las nuevas leyes de derechos de autor les impiden siquiera considerar tal arreglo. Oh, muy bien, dije, y les entregué la única copia de *El desmoronamiento* que había poseído —de hecho solo la copia 501 conocida por haber llegado a estas costas—. Pero la quiero de vuelta.

Y hasta la fecha, nada: todavía lo están usando, está en el departamento de producción, lo necesitan para publicidad, la está utilizando la gente de la cubierta, y así sucesivamente. Nunca volveré a ver esa preciosa copia, lo sé. Y así, como tú, parece que yo también terminaré comprando una copia de *El desmoronamiento de*

las naciones en la librería. Pero —y esto puedo decir de muy pocos libros que cualquiera de nosotros comprará en toda su vida— este bien vale la pena.

Introducción

Así como los físicos de nuestro tiempo han intentado elaborar una teoría única, integrada, capaz de explicar no solo algunos, sino todos los fenómenos del universo físico, yo he procurado, en un plano diferente, desarrollar una teoría única por medio de la cual no solo algunos, sino todos los fenómenos del universo social puedan reducirse a un denominador común. El resultado es una nueva y unificada teoría política centrada en la *teoría del tamaño*. Esta sugiere que parece haber una sola causa detrás de todas las formas de miseria social: la *dimensión*.

Por más sencillo que pueda parecer, encontraremos esta idea más fácil de aceptar si consideramos que la *dimensión*, o lo descomunal, es algo más que solo un problema social. Este parece ser el único problema que permea toda la creación. Donde algo anda mal, algo es descomunal. Si las estrellas en el cielo o los átomos de uranio se desintegran en una explosión espontánea, no es porque su materia haya perdido su equilibrio, sino porque esta ha intentado expandirse más allá de las barreras establecidas para cualquier conjunto. Su masa se volvió descomunal. Si el cuerpo humano enferma es —como en el cáncer— porque una célula, o un grupo de ellas, ha comenzado a sobrepasar los delgados límites que le fueron asignados. Y si un colectivo de personas enferma con fiebre de agresión, brutalidad, colectivismo o idiotez masiva, no es porque haya sido víctima de un mal liderazgo o de un ataque de locura, es porque los seres humanos, tan encantadores individualmente o en pequeños grupos, se han reunido en unidades sociales hiperconectadas, como hordas, sindicatos, carteles o grandes potencias. Allí es cuando empiezan a caer en catástrofes, pues los problemas sociales —para parafrasear la doctrina de la población de Thomas Malthus— tienen la infortunada tendencia al crecimiento en proporciones geométricas con el

desarrollo del organismo del que forman parte; mientras que la habilidad del ser humano para lidiar con ellos, si es que puede extenderse en absoluto, solo crece en proporciones aritméticas. Esto quiere decir que si la sociedad crece más allá de su tamaño óptimo, sus problemas evidentemente sobrepasarán las capacidades necesarias para abordarlos.

Por consiguiente, siempre es la dimensión, y solo ella, el problema de la existencia, social y física; lo único que he hecho al fusionar pedazos aparentemente dislocados y sin relación evidente en una teoría integrada de la dimensión es demostrar, primero, que lo que aplica al todo, aplica también al campo de las relaciones sociales y, segundo, que si la miseria moral, física o política no es más que una función del tamaño, si el único problema es uno de dimensión, la única solución debería estar en reducir las sustancias u los organismos que han sobrepasado sus límites naturales. El problema no es crecer, sino dejar de hacerlo; la respuesta: no la unión, sino la fragmentación.

Esto parecería una perogrullada si fuese encargado a un cirujano, un masón, un ingeniero o un editor. El trabajo de sus vidas consiste justamente en cortar aquello que es muy grande y reensamblar las unidades más pequeñas en nuevas y más saludables estructuras. Sin embargo, es diferente para los técnicos sociales. Aunque bastante sensibles a niveles bajos, a niveles más elevados de la política y la economía parecen estar en la búsqueda de crear entidades más grandes. Para ellos, la sugerencia de fragmentar aquello que se ha vuelto muy grande no es una necedad, sino un sacrilegio. Al ver el problema de la dimensión al contrario, estos técnicos sociales creen que el problema es uno de pequeñez, no de dimensión. Entonces exigen unión cuando todas las leyes de la lógica exigen fragmentación. Solo en raras ocasiones parecen ver correctamente, como cuando luego a varios años de problemas de sobrepoblación en los campos de prisioneros coreanos, empezó a calarles que la causa de la dificultad no era la incorregible naturaleza de los comunistas, sino el tamaño de los recintos donde los tenían cautivos. Una vez lo reconocieron, rápidamente fueron capaces de restaurar las condiciones a unas más manejables; no apelando a la buena voluntad de los prisioneros, sino a la división de los grupos en unidades más pequeñas y manejables.

Sin embargo, lo que es cierto para los hombres que viven en

prisiones sobrepobladas, también lo es para los hombres que viven en las enormes instalaciones de aquellas modernas naciones, cuya innegable dimensión se ha convertido en la causa de las presentes dificultades. En consecuencia, justo como con el caso de los campos de prisioneros coreanos, la solución a los problemas que enfrentan al mundo, como un todo, no parece estar en la creación de unidades sociales más grandes ni gobiernos aún más amplios, cuya formación es puesta en marcha por nuestros estadistas con un fanatismo sin creatividad, sino en la eliminación de aquellos organismos hiperdesarrollados que conocemos con el nombre de grandes potencias y en la restauración de un sistema saludable de pequeños y manejables Estados, que caracterizaron las épocas de antaño.

Esta es la propuesta desarrollada en este libro, y no tengo dudas de que muchos la llamaran contraria a todos nuestros conceptos de progreso; lo que es cierto, por supuesto. Lo único que puedo hacer es responder con el profesor Frank Tannenbaum de la Universidad de Columbia: “Déjenlos, dejen que los otros tengan los lemas. Déjenlos superarse a sí mismos de la faz de la tierra, entonces tendrás progreso infinito”.

Al referirme a las ideas planteadas en este libro, he usado el término *nuevo*. Esto es solo parcialmente correcto, por cuanto he tratado de hacer de la teoría del tamaño la base de un sistema filosófico integral, aplicable a todos los problemas de la creación con igual facilidad. Pero como una teoría especial aplicada a un campo particular se ha propuesto muchas veces antes, aunque incluso como una teoría especial, nunca se le ha dado el papel central que se merece. Esto es particularmente cierto de su uso para la explicación de los fenómenos sociales. Pero, incluso aquí, el concepto de la célula como fundamento de toda estructura saludable ni es original ni es nuevo. Desde hace muchos siglos ya la expresaron hombres como Aristóteles o san Agustín. Fue desarrollada por Enrique IV de Francia en uno de los planes de paz más famosos de la historia: el Gran Diseño. Y en nuestro tiempo, con el camino de la dimensión llegando a su final atómico, se ha vuelto tan apremiante que parece estar condensada en un aire de vergüenza por sí mismo. Cada vez que se hace un nuevo intento de unión internacional, estamos menos llenos de esperanza y más llenos de desesepo. Un insidioso presentimiento parece decirnos

que estamos empujando en la dirección equivocada; que mientras más nos unimos, más cercanos estamos a alcanzar la masa y densidad crítica a la que, como una bomba de uranio, nuestra compactación nos llevará a la explosión que estamos tratando de evitar.

Por esto, en los últimos años se ha incrementado el número de autores que han empezado a revertir la dirección de sus investigaciones para buscar soluciones a nuestros problemas sociales en pequeñas organizaciones en vez de en grandes, y en armonía con, en lugar de unidad. Arnold Toynbee, al relacionar la caída de las civilizaciones, no las luchas entre naciones, sino el surgimiento de Estados universales, sugiere —en lugar de soluciones macropolíticas— un regreso a la forma de la homóioia, el ideal griego del equilibrio autorregulador de las unidades pequeñas. Kathleen Freeman mostró en un estudio sobre los Estados-ciudad griegos que casi toda la cultura fue producto de pequeños Estados desunidos de la antigua Grecia, y que estos mismos Estados produjeron casi nada desde que se unificaron bajo las alas de Roma. En el campo de la economía, Justice Brandeis dedicó su vida a exponer la “maldición de la dimensión”, al mostrar que más allá de los límites relativamente angostos, el crecimiento adicional de las fábricas u organizaciones no agrega, sino que disminuye la eficacia y productividad de las firmas. En sociología, Frank Tannenbaum, quien retadoramente se llama a sí mismo pueblerino, ha salido en defensa de la labor de las pequeñas agremiaciones, en lugar que la de los grandes consorcios, porque solo los pequeños gremios pueden darle al trabajador lo que el desarrollo moderno a gran escala les ha quitado: un sentimiento de pertenencia e individualidad. En el campo de la política, Henry Simons ha perseguido la idea de que los obstáculos a la paz mundial no están en el alegado anacronismo de los pequeños Estados, sino en las grandes potencias, aquellos “monstruos del nacionalismo y del mercantilismo”, en cuyo desmantelamiento él ve la única posibilidad de sobrevivencia. Finalmente, André Gide, para terminar esta incompleta lista con un poeta, expresó un pensamiento similar cuando escribió posiblemente sus últimas palabras: “Creo en la virtud de las pequeñas naciones. Creo en la virtud de las cifras pequeñas. El mundo será salvado por los pocos”.

Todo esto indica que la idea y el ideal de la pequeñez es el único antídoto para la cancerígena enfermedad de la dimensión —en la que la mayoría de los teóricos contemporáneos todavía insisten en ver no como una mortal enfermedad, sino como perversa esperanza de salvación— que parece estar lista para un nuevo reconocimiento y una nueva formulación. Si mis propias especulaciones no tienen peso a este respecto, tal vez las de Aristóteles o las de san Agustín sí lo tengan. Aunque no he utilizado a estos autores ni a los otros que he citado para desarrollar mis teorías, encuentro naturalmente placentero encontrarme en tan distinguida compañía. Pero no debo esconderme detrás de sus testimonios o la autoridad de sus nombres en un esfuerzo por obtener inmunidad de la crítica de parte de quienes piensan que todo lo que necesitamos para resolver nuestros problemas es sumergirnos en una incluyente comunidad global. El análisis, así como las conclusiones, son únicamente míos.

1 Las filosofías de la miseria

No hay error más monstruoso que aquel que encuentra defensores en los hombres más hábiles.

Lord Acton

Teorías de la causa imaginaria. Teoría de la brujería. Teorías cósmicas. Teorías de la causa secundaria. Abusos militares y atrocidades en la literatura y el folclor. La esencia de la civilización occidental. Atrocidades pasadas y presentes de las gentes civilizadas. El amor innato del ser humano a la agresividad. El esplendor relativo de los monumentos en honor a poetas y generales. Por qué nuestros animales heráldicos son animales de presa. Attlee, Goethe y Bacon sobre las virtudes de la guerra. El récord de guerra de alemanes y Aliados, de agresores y pacifistas.

En un periodo de tiranía extendida, brutalidad, guerra casi perpetua y otras miserias relacionadas, parece legítimo preguntar por cuáles medios es posible asegurar una existencia más pacífica y socialmente satisfactoria.

Como ocurre con cualquier pregunta que indague por las condiciones de la miseria y su abolición, una respuesta fructífera dependería del discernimiento de la causa primaria. Aunque los modernos métodos científicos han dado luces sobre las causas primarias de muchas complicaciones técnicas y personales con las consecuentes mejoras en nuestras condiciones privadas, en el reino de los problemas sociales han contribuido con poco más que teorías que abordan puramente imaginarias o, en el mejor de los casos,

secundarias. En medio del siglo xx, Julian Huxley decía con justicia que “las ciencias humanas hoy están más o menos en la misma posición que ocupaban las ciencias biológicas a principios de 1800”. Apenas si han logrado pasar de la superficie.

El problema con las teorías de las causas imaginarias o secundarias de la miseria social es que frecuentemente fabrican explicaciones momentáneas muy seductoras. Como resultado, con la aportación de interpretaciones en apariencia satisfactorias no solo desincentivan futuras investigaciones, sino que fracasan en impulsar propuestas de soluciones útiles, unas porque las secuencias temporales no son causales, las otras porque las causas secundarias no son más que las consecuencias de las fuerzas primarias. La posibilidad de dotar al mundo con una experiencia social más satisfactoria parece depender, entonces, de la pregunta de si somos capaces de penetrar el caparazón de los fenómenos imaginarios y secundarios y descubrir la causa primaria que perturba la felicidad social del ser humano. Sin embargo, antes de ofrecer una teoría que presuma abordar lo fundamental, analizaremos los méritos de las teorías más populares sobre las causas imaginarias y secundarias del pasado y del presente, y apreciaremos las soluciones propuestas con base en sus interpretaciones.

Teorías de la causa imaginaria

Los antiguos, al atribuir la causa de la mayoría de las dificultades a la ira de los dioses, pensaban que la forma más sencilla de mejorar sus condiciones de vida era recurrir a la oración o, si esta resultaba insuficiente, al sangriento sacrificio de quienes hubieren antagonizado con los dioses. En ocasiones, los resultados eran sorprendentes: apenas si habían terminado de orar y la lluvia caía sobre sus campos sedientos, el río de un volcán se detenía súbitamente o recibían noticias de la derrota de un temido invasor. En otras ocasiones, nada ocurría. Sin embargo, como en el caso de las malas suposiciones, ningún significado se le atribuía a esto, no había razones para que su teoría, que podría llamarse *teoría de la divinidad de la miseria social*, se considerara inválida, debido a que había demostrado ser satisfactoria para explicar muchos otros infortunios.

En la Edad Media, la teoría de la divinidad fue sustituida por la *teoría de la brujería como causa social de la miseria*. Esta atribuía las aflicciones menos a la ira de Dios y más la maldad de un espíritu maligno. Lógicamente, se creía que la principal causa yacía en la eliminación del objeto que parecía estar poseído por el mal. En consecuencia, a las llamas fueron a parar un granjero embrujado, un jorobado visco, una mujer muy fea o una mujer muy hermosa. De nuevo, los resultados eran considerados muy satisfactorios, salvo en unos pocos casos, en los cuales, en vez de sospechar de la teoría, las personas temían que se había quemado a la bruja equivocada e iniciaban de nuevo una alegre búsqueda.

Más adelante, con el creciente interés del ser humano por el mecanismo del universo, un conjunto de *teorías cósmicas de la miseria* empezó a gozar de una amplia difusión. Ahora, enfermedades y guerras se atribuyeron a la ocasional descubrimiento de un planeta, a la más frecuente aparición de una corona roja alrededor de la luna o, cuando se descubrió que las manchas solares tenían un efecto irritante sobre nuestro sistema nervioso, a la intensificación cíclica de la actividad de las manchas solares. Como todas las primeras teorías, estas también fueron eminentemente satisfactorias, debido a que rara vez había un infortunio que no coincidiera con uno o más de estos eventos celestiales. Como no había nada que se pudiera hacer respecto a estos últimos, las teorías cósmicas tuvieron, adicionalmente, la ventaja de liberar a la humanidad de la difícil tarea de buscar soluciones y curas.

La sumisión pasiva a las fuerzas de la naturaleza era, sin embargo, contraria al creciente espíritu de la edad de la razón. Con la llegada de los tiempos modernos, encontramos, por lo tanto, una nueva línea de teorías sobre la miseria social. En una rápida sucesión se desarrollaron una teoría económica, que atribuye la guerra y otras formas de maldad social a la creciente necesidad de buscar ganancias del capitalismo; una teoría psicológica, que las atribuye a la frustración; unas teorías personalista, ideológica, cultura y nacionalista, que las atribuyen respectivamente al diseño de hombres malévolos como Hitler, Mussolini o Stalin; a la maldad de ideologías como el nazismo o el comunismo; a la maldad de las tradiciones culturales, como el militarismo prusiano o el colonialismo británico, y, debido a que la

mayoría de estas características parecen coincidir ocasionalmente con la historia particular de algunos pueblos, a una maldad heredada: una nación como la alemana, como les pareció a los ojos de los Aliados occidentales en el pasado, o como la americana, tal y como le parece a los ojos de los aliados orientales ahora.

Como sus predecesoras, estas teorías probaron nuevamente ser muy satisfactorias para explicar las miserias sociales durante los periodos en los que se desarrollaron. Pero, al igual que sus predecesoras, resultaron ser ineficaces para explicar las excepciones. Confundir las causas secundarias con las primarias o, para usar los términos de Lucrecio, la *esencia* de las cosas con sus meros *accidentes*, puede explicar la brutalidad de los musulmanes, pero no la de los cristianos. Pueden explicar la pobreza de los barrios americanos, pero no la de los rusos. Y en cuanto a las guerras, solo pueden explicar aquellas de los nazis, pero no las Cruzadas; las guerras de Alemania, pero no las de Francia; las guerras de Hitler, pero no las de Nehru; las guerras de los capitalistas, pero no las de los socialistas. A pesar de sus razonamientos más sutiles, parece que no arrojaron más luces sobre los problemas que se suponía debían analizar que las teorías de la brujería o de las manchas solares de periodos anteriores. Todo lo que hicieron fue desviar la atención de las causas imaginarias a las causas secundarias —y a veces ni siquiera eso—.

Teorías de la causa secundaria

No obstante, por su más reciente desarrollo y la aparente lógica de su análisis, algunas de estas nuevas teorías, al igual que las soluciones que ofrecen, merecen una mayor atención. Una de las más discutidas es la *teoría económica*. De acuerdo con sus premisas, la mayoría de las manifestaciones de miseria social —en particular la pobreza, la guerra y el imperialismo— son la consecuencia inevitable del funcionamiento del sistema capitalista de la libre empresa. En pocas palabras, su razonamiento es el siguiente: en principio, la búsqueda del beneficio por parte del empresario hace que la clase trabajadora reciba menos de lo que es debido por su contribución a la producción. De ahí se sigue la inevitable imposibilidad de que este último puede comprar los

bienes manufacturados que ayudó a producir. Como resultado, uno de los dos siguientes males sucederá: o bien la producción se reduce para que pueda ser absorbida por el mercado local, o bien, con el consumo interno y, por lo tanto, oportunidades de inversión como fin, deben buscarse nuevos mercados en otra parte. La primera alternativa lleva al desempleo y sus marcadores de miserias asociadas; la segunda conduce al imperialismo y las guerras.

Esta última consecuencia es, de hecho, un doble incentivo para que los productores y empresarios capitalistas manufacturen problemas sociales, puesto que tanto producir como acabar con una guerra proporcionan salidas para los bienes y nuevas ganancias que el estancamiento secular ya no permite en otra parte —que aparentemente se desarrolla en todas las economías maduras de empresa privada—. Por ello, la absoluta necesidad de expansión imperialista y guerras periódicas para satisfacer los requisitos vitales de un sistema cuyo impulso es la ganancia (económica).

Un sistema socialista, por otro lado, que no produce con fines de lucro sino para el consumo interno, no tiene el más mínimo interés en comprometerse con el enorme desperdicio de los gastos militares o la conquista de mercados extranjeros para bienes que pueden ser mucho mejor utilizados para elevar la calidad de vida de sus conciudadanos. Por su propia naturaleza, está tan dedicado al mantenimiento de la paz, como el capitalismo, a la búsqueda de la guerra. Por consiguiente, los problemas del mundo se pueden resolver de forma fácil: basta solo con eliminar el capitalismo y establecer una sociedad socialista.

Quizá esto sea así, pero la teoría no explica dos cuestiones: una es ¿por qué los trabajadores de los países socialistas no están aparentemente en mejores condiciones que los trabajadores de los Estados capitalistas? Y segundo, ¿por qué al menos dos de los actuales agresores mundiales son países comunistas, Rusia y China, mientras que países capitalistas —como Canadá, Bélgica, Luxemburgo, Mónaco y, en particular la última y todavía brillante ciudadela de un casi perfecto sistema de la libre empresa, Suiza— están entre los más pacíficos? Esto parece indicar que contrario a los dogmas de la teoría económica, el sistema de producción de una sociedad por sí mismo tiene muy poco que ver con su bienestar social y, aún menos, con la miseria de las agresiones bélicas que pueda causar su propio pueblo o a otros.

Un cambio de sistema, por lo tanto, contribuiría poco a la solución de problemas de los cuales no es la causa.

Las teorías ideológica y personalista atribuyen muchas de las formas de miseria social a la filosofía del poder maligno o al liderazgo de hombres malévolos. Su solución, lógicamente, sería la sustitución de una filosofía mejor por otra peor o desaparecer para siempre a los hombres malvados. Ambas están interrelacionadas y pueden abordarse como dos etapas de la misma teoría. De acuerdo con ellas, el poder sería inofensivo en manos de hombres buenos, motivados por una teoría del bien. Esto encapsula algunas de las contradicciones de la teoría económica: explica la explotación interna de Rusia y China y su agresividad externa, con el argumento de que el comunismo, al aspirar a la dominación mundial del proletariado, representa una ideología inflexible de poder y dominación. Del mismo modo, explica la tiranía, la brutalidad y la agresividad alemanas e italianas como el resultado de las filosofías del poder del nazismo y el fascismo y el liderazgo desprovisto de moderación moral. En contraste, explica satisfactoriamente la actual falta de agresividad de los pueblos suizos, franceses o belgas, al atribuir la causa de la felicidad y la paz humanas a sus virtuosos liderazgos y dedicación a la democracia.

Hasta ahora todo bien. Sin embargo, falla al explicar por qué si el fascismo es una filosofía de poder brutal y agresivo —como sin duda parece ser— la España fascista o el Portugal casi fascista son, al menos en sus relaciones exteriores, tan pacíficas como las democráticas Suiza y Dinamarca. No explica por qué Nepal, el país más absolutista, que además se enorgullece de haber producido una de las razas de combatientes más feroces del mundo, los gurkhas, parece ni siquiera soñar con declarar una guerra extranjera. Tampoco explica por qué el comunismo, que parece ser tan terrible y tiránico en Rusia, se considera como no agresivo en Yugoslavia y se ve tan encantador en la pequeña república montañosa de San Marino, que nos entusiasma en lugar de aterrarnos. Y, por el contrario, no explica por qué una filosofía de paz no agresiva como el gandhismo no tuvo un efecto restrictivo en un hombre tan pacífico como Nehru quien, en su primer año de poder, libró dos guerras —contra Hyderabad y Cachemira—, ha amenazado con una tercera —contra Pakistán— en numerosas ocasiones desde entonces e impuso agresivamente su voluntad sobre

el vecino Estado independiente de Nepal. No explica las agresivas campañas y brutalidades que acompañan a las democráticas Francia y Gran Bretaña en sus antiguas aventuras coloniales. Y, por último, no explica por qué incluso la más perfecta de las filosofías de paz, las enseñanzas de Cristo, no pudo impedir que los sucesores de san Pedro en la Ciudad Santa y el Estado de Roma se entregaran a veces tan lujuriosamente a agresiones y políticas brutales como los peores delincuentes de la historia.

Uno habría asumido que, al menos en su caso, el poder estaba en manos de hombres de buena voluntad y principios exaltados. Y así fue, desde luego. No obstante, si esto apenas marcó una diferencia, solo puede deberse a que las buenas ideologías y los principios personales tienen aparentemente tan pocas relaciones causales con la miseria social como las que hemos encontrado en el caso de los sistemas económicos. Esta parece ser la razón por la cual, aunque colgamos a los criminales de guerra y cambiamos la filosofía de sus antiguos seguidores, la guerra continúa con nosotros como de costumbre.

Teoría cultural de la miseria social

La teoría cultural va un poco más a fondo. Atribuye nuestras condiciones de infelicidad no a las ideologías —que van y vienen en una sucesión relativamente rápida—, sino al modelo a futuro y la etapa de desarrollo de la civilización de un país. Sostiene que el salvajismo, la tiranía y la brutalidad masiva, la agresividad guerrera son solo el producto del primitivismo intelectual. Como este es perpetuado por las creaciones literarias y el sistema educativo de una nación, la solución de los problemas mundiales parecer ser nuevamente bastante simple: purgar el folclor y la literatura y reeducar a los retrasados por parte de los avanzados. De esta forma, la miseria social desaparecería casi automáticamente, pues mientras más avanzada se vuelve una civilización, más se caracteriza por el amor a la paz y su urgencia por ayudar, en lugar del guerrerismo y la necesidad de destruir.

De nuevo, esta teoría parece proveer por un momento una explicación satisfactoria para las guerras y las atrocidades, como aquellas perpetradas por alemanes, japoneses o rusos. Comparado con

el estado avanzando que alcanzaron las civilizaciones de occidente, por ejemplo, la de ellos parece haber quedado atrás en el desarrollo de los principios humanistas. De ahí el intento de inculcarles conceptos occidentales, ya sea por intervención directa, como se hizo en Alemania y Japón al final de la Segunda Guerra Mundial, o por ilustración propagandística, como se está haciendo en el caso de la aún invicta mitad comunista del mundo ahora.

La principal deficiencia de la teoría cultural parece ser doble. En primer lugar, no parece entender sus propias premisas. En segundo, por cada fenómeno que explica, hay una docena de fenómenos frente a los cuales parece colapsar.

El significado de civilización occidental

Para empezar, la debilidad de sus premisas: si la civilización occidental es, en efecto, el antídoto para las condiciones que llevan a las atrocidades y las guerras, debe —por sobre todas las cosas— ser diferente a todas aquellas personas cuyos códigos consideramos esencialmente hostiles a las búsquedas pacíficas. En contraposición a la glorificación de las hazañas militares, su literatura debe hacer hincapié en las bendiciones de la paz. A diferencia de su preocupación por la crueldad y la brujería, debe detenerse principalmente en las historias que describen las virtudes de la vida santa. De lo contrario, nada se ganaría con sustituir las producciones culturales de occidente por las de los pueblos menos pacíficos.

Así, occidental o no, las producciones culturales de las personas más creativas parecen seguir casi los mismos canales. Las diferencias parecen ser solo de idioma, no de contenido. Los alemanes tienen *El cantar de los nibelungos*; los franceses, *La canción de Rolando*; los ingleses, *Beowulf*; los romanos, *La Eneida*; los griegos, las insuperables *Iliada* y *Odisea*, y todas estas obras alaban las mismas cualidades con el mismo fervor. Si el Fausto de Goethe está lleno de maldad y demonios,¹ así

1 Los teóricos culturales parecen haber adjudicado una gran importancia a esto para explicar las monstruosidades nazis. Para dar un ejemplo típico: Sterling North, un reconocido reseñista de libros, vio en la poesía de los hermanos Grimm y de Goethe evidencia característica de que “a) no hay nada medianamente cercano a la moral o la ética en el folclor alemán y b) que muy pocas tribus en el planeta pueden alcanzar a los alemanes

mismo lo está el *Dr. Fausto* de Marlowe, por no hablar de *La divina comedia*, de Dante, que aborda no solo uno sino siete infiernos y cuya presentación poética del horror excede el esplendor imaginativo del humor americano. Y uno se pregunta qué harían los reeducadores de los amantes de las atrocidades no occidentales con una obra como *Ricardo III*, de Shakespeare, de la que se ha escrito que es lo suficientemente trágica como para satisfacer el apetito más voraz por los horrores: asesinato tras asesinato a una velocidad que no deja ni respirar; el jocoso asesino imperial, quien en una obra anterior había perdonado a Enrique VI y al príncipe de Gales *motu proprio*, empieza esta tragedia con la matanza de su hermano Clarence y luego sigue con la tranquilidad de un carnicero matando a amigos y parientes a conveniencia, uno detrás de otro, hasta que nuestra memoria termina perpleja en el intento por recordar el nombre de todas las víctimas.²

Una falta semejante de diferencia en las preocupaciones poéticas prevalece quizás en las joyas culturalmente aún más significativas de nuestro diverso folclor. El temible gigante alemán Rübzahl, que acecha entre densos bosques con su enorme garrote, es el ladrón de caminos griego Procrusto: para ajustar el tamaño de sus invitados al de sus camas, este hospitalario ladrón tiene la costumbre de estirar a los cortos hasta que sean lo suficientemente largos y de cortar los miembros de los altos hasta que sean lo suficientemente cortos para lograr un ajuste perfecto. Y en los muy occidentales Estados Unidos tenemos a los héroes neoclásicos como *Stubborn J. Tolliver* de Al Capp, presidente del Ferrocarril Dogpatch-West Po'kchop, quien, después de dejar que un tren lleno de alegres pasajeros pasara por un tramo minado de carrilera, les dice a sus empleados: “¡Amontonen los cuerpos ordenadamente! ¡Reparen la locomotora! ¡Llénenla con más pasajeros! ¡Y lo intentamos otra vez! No me da miedo”. Nuestro folclor radial, televisivo y cinematográfico es aún mejor. En algún momento, todo parecía estar tan fuera de control que una junta de censura británica se sintió en la obligación de aconsejarle a Hollywood “que limpiara la sangre”.

por bestial y sádica emoción por el derramamiento de sangre”. Y continúa diciendo que “naturalmente el diablo desempeñó un rol determinante no solo en los Grimm y en Goethe, sino a través de toda la literatura alemana. Fausto —el hombre que vendió su alma al diablo— es el gran héroe alemán” (*Washington Post*, 3 de diciembre de 1944).

2 Shakespeare, *Ricardo III* (Nueva York: Grosset and Dunlap, 1909), p. XLVIII.

En consecuencia, pareciera que las creaciones culturales de aquellos que consideramos avanzados están difícilmente menos preocupadas por la violencia y la belicosidad que las creaciones de aquellos a quienes muchos hemos llegado a considerar atrasados. Sin embargo, no hay necesidad de ser innecesariamente aprehensivos porque, así como la descripción poética de la violencia nunca ha sido un signo de atraso, el despliegue de actitudes gentiles tampoco ha sido un signo de progreso u occidentalismo de la civilización. Contrario a los principios de la teoría cultural, la marca distintiva del *progreso* no es el amor a la paz, sino el discernimiento de la verdad, que al igual que puede ser bella, puede ser retorcida. Y el sello distintivo de la civilización *occidental* no es que sea la civilización del occidente, como se cree con frecuencia, sino que está basada en la filosofía del individualismo, la cual, de nuevo, no se preocupa por el pacifismo o la felicidad social, sino por el amor a la libertad *personal* y el éxito *personal*. En consecuencia, sería menos confuso si los académicos, en lugar de usar el término *occidental*, hubieran hablado de la civilización del occidente, el *Spenglerian Abendland*, cuyo denominador común siempre ha sido el individualismo, en contraposición al del oriente, el *Morgenland*, cuya base siempre ha sido el colectivismo. Aunque estas designaciones tienen un leve origen geográfico, se refieren más sinceramente a las dos culturas, no a las regiones; a las ideas, no a las naciones.

Si bien es cierto que Alemania, Italia y Rusia, cuyas agresiones proporcionaron el principal argumento para la teoría cultural, se distanciaron de la órbita occidental cuando adoptaron el racializado nazismo, el estatista fascismo y el colectivista comunismo, sus civilizaciones continuaron siendo parte integral de la gran familia cultural, cuya relación no es la localización geográfica, sino el espíritu individualista de la antigua Grecia. En consecuencia, como la civilización occidental no puede concebirse sin el genio personal de Shakespeare, Voltaire, Rembrandt, Dante o Sócrates —hombre del sur y del occidente de Europa—, esta tampoco podría seguirse concibiendo como las contribuciones personales de los orientales Tolstoi, Dostoievski, Tchaikovski, o de alemanes como Beethoven, Kant, Goethe, Heine o Dürer. La de ellos no fue una civilización atrasada ni diferente a la de Francia o Inglaterra, lo que habría podido ofrecer una explicación cultural satisfactoria para el surgimiento de Hitler, Stalin

o Mussolini. Como los demás miembros de la familia occidental, las suyas fueron unas civilizaciones creadas por personas en cumplimiento del propósito de su existencia individual, no por comunidades o personas unidas en un esfuerzo colectivo para alcanzar un fin común.³

Poco puede conseguirse entonces expurgando la literatura de cualquiera e inculcando en los guerreristas las creaciones y los conceptos de la civilización occidental. Las producciones de los diversos reinos culturales no solo se parecen demasiado en lo que alaban y condenan; la mayoría de los agresores en la guerra y los perpetradores de atrocidades, como italianos, alemanes y rusos, por otra parte, no fueron ajenos a la civilización occidental, sino clasificados, al igual que aquellos que consideramos amantes virtuosos de la paz, entre sus miembros y colaboradores más destacados.

Cultura y atrocidades

Esto nos lleva a la segunda y principal debilidad de la teoría cultural: su aparente total apatía frente a la evidencia histórica, que deja más fenómenos sin explicación de los que efectivamente explica, pues no solo una civilización en desarrollo nunca ha sido conocida por actuar como un freno al exceso social; los periodos más monstruosos de brutalidad y agresión en diferentes países normalmente ha coincidido con aquellos de su mayor avance cultural. Al asumirse, entonces, que la teoría cultural puede en efecto explicar el comunismo o las fechorías nazis, ¿cómo podría dar cuenta de las infamias, como aquellas del siglo XIII, del tirano Ezzelino da Romano? Se consideraba a sí mismo como el flagelo designado por mandato divino de la humanidad, y este famoso líder encontró placer en causar, por ejemplo, luego de la conquista de Friola, que “toda la población de todas las edades, sexos y ocupaciones fuera despojada de sus ojos, narices y piernas, y fueran dejados a la misericordia de los elementos”. Construyó calabozos diseñados para la tortura, y en

³ Es la cara de Miguel Ángel la que vemos en la Basílica de San Pedro; no la de los italianos que pusieron el mármol allí. Esta es la principal diferencia con la masiva acumulación de piedras construidas en Egipto no por hombres, sino por una sociedad desindividualizada que, característicamente, volcó mucha de su energía creativa en la construcción de tumbas.



Lo que es cierto para los hombres que viven en prisiones sobrepobladas también lo es para los hombres que viven en las enormes instalaciones de aquellas modernas naciones, cuya innegable dimensión se ha convertido en la causa de las presentes dificultades. En consecuencia, justo como en el caso de los campos de prisioneros coreanos, la solución a los problemas que enfrenta el mundo, como un todo, no parece estar en la creación de unidades sociales más grandes ni en gobiernos aún más amplios, cuya formación es puesta en marcha por nuestros estadistas con un fanatismo sin creatividad, sino en la eliminación de aquellos organismos hiperdesarrollados que conocemos con el nombre de grandes potencias y en la restauración de un sistema saludable de pequeños y manejables Estados, que caracterizaron las épocas de antaño.

Esta es la propuesta desarrollada en este libro, y no tengo dudas de que muchos la llamarán contraria a todos nuestros conceptos de progreso; lo que es cierto, por supuesto. Lo único que puedo hacer es responder con el profesor Frank Tannenbaum de la Universidad de Columbia: “Déjenlos, dejen que los otros tengan los lemas. Déjenlos superarse a sí mismos de la faz de la tierra, entonces tendrás progreso infinito”.

